

# LIBRO NOVENO.

---

## CARTA PRIMERA.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

En el momento en que leas esta carta, sabré ya sin duda lo que ha ocurrido en Brindis (porque Pompeyo salió de Canusio el viii de las kalendas (1), y yo te escribo la víspera de las nonas, es decir, catorce días después de su partida). Sin embargo, cada hora de espera aumenta mi ansiedad y no puedo comprender que no circule ningún rumor: este silencio es inexplicable. Tal vez me atormento sin razón; pero es indispensable que me entere de cuanto se sabe.

También me causa profundo disgusto no poder averiguar el paradero de P. Léntulo y Domicio. Necesito saber lo que se proponen. ¿Se reunirán con Pompeyo? ¿cuándo? ¿por qué camino? Dícese que Roma se encuentra llena de notables. Sosio y Lupo, que, según creía Pompeyo, debían adelantársele en Brindis, ocupan ya su tribunal. Cada día marcha á la ciudad alguno de los nuestros; hasta M. Lé- pido, con quien pasaba días enteros, y que partirá mañana. Yo permanezco en Formiano para estar más al alcance de las noticias de Brindis. Después marcharé á Arpino,

---

(1) 22 de febrero.

y desde este punto por los caminos menos frecuentados ganaré el mar superior, dejando á mis lictores ó despidiéndoles definitivamente. Necesario es que así lo haga, puesto que mis contemporizaciones no agradan, según dicen, á esos grandes varones que en todo tiempo, y hoy mismo, tan esclarecidos servicios han prestado á la República, y que me tratan, á lo que parece, con tan poco respeto en sus conversaciones acerca de mi conducta en medio de las alegrías tan oportunas de sus festines. Marchemos, y, como buenos ciudadanos, llevemos la guerra á Italia por mar y tierra: encendamos contra nosotros el extinguido odio de los malvados. Tomemos ejemplo de Lucceyo y de Theófanos (1). Escipión tiene al menos el pretexto, ó de marchar á Siria, cuyo gobierno le ha tocado en suerte, ó de no separarse de su yerno, ó también el de sustraerse al resentimiento de César. Los Marcelos (2) también deben huir de la espada del vencedor. Los mismos motivos para temer tiene Appio (3), y contra él tiene recientes causas de irritación. Exceptuando Appio y C. Cassio, todos los demás son legados. Fausto es procuestor. Solamente yo tengo elección libre. Arrastro además á mi hermano (4), á pesar de que no es justo hacerle participar de tales eventualidades. César se irritará más contra él que contra cualquier otro; pero no he podido decidirle á que se quede. Pagamos así lo que debemos á Pompeyo; y esto es precisa-

---

(1) César los indica como los dos consejeros principales de Pompeyo, uniéndoles Libón. La guerra civil fué en gran parte obra suya.

(2) Marco y los dos Cayos, primos hermanos, que se opusieron á todas las reclamaciones y pretensiones de César.

(3) Appio Pulquer. Este fué el encargado de pedir á César que prestase á Pompeyo dos legiones so pretexto de la guerra de los Parthos: esta fué la primera ofensa; la otra era la enemistad declarada de Appio contra Dolabela y Celio, afectos á César.

(4) Quinto había sido teniente de César en la Galia y le debía muchos favores.

mente lo que me decide, no el temor de murmuraciones que desprecio, ni el interés por una causa que se ha llevado con timidez y en la que ahora va á ser necesaria la crueldad. Hago esto por él, solamente por él, sin que lo pida, ni por su causa, como él dice, sino por la República. Deseo saber si continúas pensando en pasar al Epiro.

## CARTA II.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Aunque espero una larga carta tuya hoy, nonas de marzo (1), y tu día de fiebre, según creo, voy á contestar brevemente á las líneas que me escribiste el iii (2), al aproximarse el acceso. Dícesme que te agrada mucho haya permanecido aquí; y sobre este punto no has cambiado de opinión. Sin embargo, paréceme que me aconsejabas terminantemente, en una carta anterior, que siguiese á Pompeyo, si se embarcaba bien acompañado, y si los cónsules pasaban también el mar. ¿No comprendí bien ó ha cambiado tu modo de pensar? La carta que espero me lo dirá sin duda; si no, tendré que preguntarte otra vez (3). De Brindis no sé nada todavía.

---

(1) 7 de marzo.

(2) 5 de marzo.

(3) Esta persistencia de Cicerón en pedir consejos á Atico, las contradicciones que acerca de esto le censura á cada paso, y probablemente el disgusto que causaba á Atico las objeciones de su amigo y la necesidad de contestarle de algún modo, reflejan el estado de turbación en que se encontraban entonces los espíritus más sanos, y demuestra con cuánta obstinación se burlaban de ellos y de sus resoluciones los acontecimientos.

¡Qué situación tan complicada é incomprendible! ¡Qué bien examinas las dificultades de posición y qué poco las resuelves! Te agrada que no me encuentre con Pompeyo, y dices que mi presencia en los actos que van á despojarle sería vergonzosa, y mi aprobación, un crimen. Así es. ¿Debo oponerme? ¡Librente los Dioses! exclamas. ¿Qué hacer? ¡qué alternativa! culpable ó castigado. Dices que conseguirás de César permanecer fuera de Roma y no intervenir en nada. ¿Será necesario suplicar? ¡oh desgracia! ¿y si se niega? Dices que, permaneciendo aquí, quedan íntegros mis derechos al triunfo. ¿Y si él mismo me lo ofrece, lo aceptaré? ¡qué oprobio! ¿Me negaré? esto sería demostrar con más claridad que en la época de su vigintivirato (1) que es á él á quien rechazó. En sus apologías no dejaba de achacar á esta negativa todo el mal que se hizo entonces; y me creería enemigo suyo, hasta el punto de rehusar un honor por la única razón de que él lo confiere. ¿Cuál sería ahora su resentimiento? ¿no se irritaría mucho más en razón de la importancia del honor rechazado y del aumento de su propio poder?

En cuanto á la ofensa á Pompeyo, que consideras como cierta, ofensa es para la que, hasta ahora, no encuentro causa. ¡Cómo! ¿ha esperado á la toma de Corfinio para participarme sus designios, y se disgustaría porque no me he reunido con él en Brindis, cuando precisamente me corta César el camino? ¿Ignora que nadie tiene menos derecho que él para quejarse? Ve que mis previsiones eran mucho más exactas que las tuyas acerca de los pocos recursos de las ciudades municipales, acerca de la debilidad de las nuevas levadas, sobre la necesidad de la paz, sobre la importancia de Roma, sobre el tesoro, sobre la ocupación del Piceno: si pudiendo, no me hubiese reunido con él, podría

---

(1) Cicerón había rehusado el empleo de vigintiviro que César le ofreció.

tenerse por ofendido; pero que ahora se irrite, poco me importa. ¿Qué puede hacer?

τίς δ' εἶσι δολος τοῦ θανεῖν ἄφροντις ὦν;

pero sí temo la acusación de ingratitude. Confío, sin embargo, y en ello convienes, que en cualquier momento se me recibirá con regocijo. Dícesme que si César muestra moderación, meditarás mucho antes de darme este consejo. Pero ¿cómo no ha de entregarse á los mayores extremos? Considera su carácter, sus antecedentes, su objeto, sus amistades; considera también las fuerzas de los hombres honrados, y sobre todo su firmeza.

Apenas terminaba la lectura de tu carta, cuando llegaba á mi casa Póstumo Curcio, que marcha apresuradamente al encuentro de César. No habla más que de ejércitos y armadas. Se dominará la España; el Asia, la Sicilia, el Africa, la Cerdeña quedarán ocupadas; la Grecia lo será en breve. Pues bien, partamos, no para guerrear, sino para huir con él. En último caso no podría resistir los dichos de esas gentes, cualesquiera que sean, pero que no son hombres honrados, como se les llama. Sin embargo, quisiera saber qué dicen de mí. Procura averiguarlo y dímelo, te lo ruego. Aun ignoro lo ocurrido en Brindis. Cuando lo sepa, veré lo que debe hacerse; pero nada haré sin tu consejo.

### CARTA III.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

El hijo de Domicio (1) pasó por Formiano el viii de los idus, marchando apresuradamente á reunirse con su ma-

---

(1) Cogido con su padre en Corfinio, Cesar le puso en libertad como á aquél.

dre en Nápoles. Abrumándole á preguntas mi esclavo Dionisio, le encargó me dijese que su padre se encuentra en las inmediaciones de Roma. Decíannos que se había embarcado para reunirse con Pompeyo, ó pasar á España. Quisiera saber lo que hay en esto. La presencia de Domicio en Italia es muy importante para la cuestión, siendo para Pompeyo prueba clara de la suma dificultad que hay para salir de la península encontrándonos rodeados por las tropas y guarniciones de César; dificultad que el invierno aumenta más y más. En otra época del año, nos ofrecería paso el mar inferior (1); pero ahora la navegación solamente es posible por el Adriático, cuyos caminos nos están cerrados. Infórmate, pues, de Domicio y de Léntulo.

Todavía no han llegado hasta nosotros noticias de Brindis. Nos encontramos á vii de los idus (2); César debió llegar ayer ú hoy allá: el día de las kalendas (3) pernoctó en Arpi (4). Según dice Póstumo, va á perseguir á Pompeyo, que supone embarcado ya. No creo que pueda procurarse César marineros. Póstumo está persuadido de lo contrario; tanto más, dice, cuanto que no hay marinero que no conozca su generosidad. No puedo ignorar por mucho tiempo ya todo lo que haya ocurrido en Brindis.

---

(1) El mar de Etruria ó Tirreniano.

(2) 9 de marzo.

(3) 1.º de marzo.

(4) Arpi ó Argiripo, ciudad de Apulia.

## CARTA IV.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Solamente descanso cuando te escribo ó leo tus cartas. Esto no impide que empiecen á faltarme asuntos de que tratar; y seguro estoy de que te sucede otro tanto. Imposible es escribir hoy acerca de esas frivolidades en que se esparcen los ánimos tranquilos: y en cuanto á los asuntos de actualidad, los tenemos agotados hace mucho tiempo. Para combatir el tedio, me propongo cuestiones políticas relacionadas con las circunstancias presentes. Por este medio se libra mi espíritu de la melancolía, y sus facultades conservan actividad para tratar las dificultades que hay que resolver. Las cuestiones helas aquí:

¿Debe permanecerse en el país cuando se encuentra bajo el yugo de un tirano? ¿Son legítimos todos los medios para destruir la tiranía, aunque la sacudida tenga eventualmente por efecto la ruina del Estado? ¿El que derriba á un tirano no hace sospechosa su propia elevación? ¿Es preferible, para socorrer á la patria, el camino de la paciencia y de las negociaciones al de la fuerza? Cuando la patria se encuentra oprimida, ¿el buen ciudadano debe permanecer retraído é inactivo, ó deberá hacer, por mucho que le cueste, cuanto pueda en favor de la libertad? Buscando la libertad de la patria, ¿puede llevarse á ella la guerra y bloquear la misma patria? Aquel á quien repugna empuñar las armas, ¿está, sin embargo, obligado á alistarse en el buen partido? ¿Quedamos irrevocablemente ligados con una causa política por la amistad ó beneficios, cualesquiera que sean las faltas que en ella se cometan? Aquel que ha merecido bien de la patria, que por ella ha experimentado

todos los males que puede acarrear el odio de los malvados, ¿no ha pagado definitivamente su deuda? ¿No le será permitido, al fin, dedicarse á sí mismo y á los que le son queridos, abandonar el campo político, dejando el gobierno á los que pueden ocuparse de él?

Estas son las cuestiones que me ocupan, tratándolas ora en griego, ora en latín. Distracción saludable es para mi tristeza, porque estas abstracciones me son muy aplicables. Pero temo que te moleste todo esto, porque, si el mensajero marcha como debe, recibirás esta carta precisamente en el día de tu acceso.

## CARTA V.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

El día de tu natalicio me escribiste una carta juiciosísima, mostrando en ella tanto tu cariño como tu prudencia. Filótimo me la entregó al día siguiente de recibirla. Todo lo que dices es sumamente difícil: llegar al Adriático, embarcarse en el mar de Toscana, marchar á Arpino, permanecer en Formiano. Si marchó, parecerá que huyo: si me quedo, que le espero para felicitarle. Pero nada hay peor que ver lo que tendré que ver en breve. He tenido en casa á Póstumo, y ya sabes cuánto me ha instado. Después vino Q. Fufio, que corría á Brindis. ¡Qué semblante! ¡Qué seguridad! Pompeyo es un malvado. El Senado no sabe lo que quiere ni lo que hace. Si aquí no puedo soportar estas cosas, ¿cómo resistirlas de parte de un Curcio en plena curia? Ahora bien; supón que intervengo en el debate. Cuando oiga decir: *Habla M. Tulio*, ¿cómo saldré del aprieto? Sin hablar de la República, que considero muerta, tanto por efecto de sus heridas como de los me-

dicamentos, ¿qué diré acerca de Pompeyo? Mucho le he censurado, ¿á qué negarlo? porque se atiende más á las causas de los acontecimientos que á los acontecimientos mismos. Considerando, ó, mejor dicho, persuadido de que todos nuestros males (¿y puede haberlos mayores?) proceden de él, nacen de sus faltas, me he mostrado más animado contra su persona que contra el mismo César: por igual razón nuestros antepasados consideraron más funesto el día de la batalla de Alia (1) que el de la toma de Róma. Un mal dió origen á otro. El primer día quedó como nefasto; el otro nadie lo recuerda. Así es que cuando repaso todas sus faltas desde hace diez años, comprendiendo en ellas, por no decir además, la de dejarme oprimir sin defensa (2); cuando pienso cuánta ligereza, cobardía é incapacidad ha mostrado en estos últimos tiempos, ardo en indignación.

Pero todo esto pertenece al pasado, y solamente quiero recordar sus beneficios y el prestigio de su nombre. Comienzo á ver algo tarde, pero veo con claridad, por las cartas y conversaciones de Balbo, que hoy sólo se intenta, que desde el principio se pretendió que sucediese lo que hoy está sucediendo. Cuando, como refiere Homero, una madre diosa dice á Aquiles:

«A tu muerte, hijo mío, seguirá la de Héctor,»  
el hijo le contesta:

«Pues bien, si no he podido socorrer á mi amigo, moriré en el acto.»

En la actualidad no se trata solamente de un compañero, sino de un bienhechor, añade de un grande hombre y de una causa justa. ¿Quién, ante tales consideraciones,

---

(1) Batalla cerca de Alia, río del país de los Sabinos, en la que los Romanos fueron deshechos por los Galos, que tomaron la ciudad al día siguiente.

(2) Ciertamente es que si Pompeyo hubiese tenido valor para defender á Cicerón contra Clodio, Cicerón no habría sido desterrado.

puede atender al sacrificio de su vida? En cuanto á tus hombres honrados, ni cuento con ellos, ni me cuido de sus opiniones. Están ó estarán con César. ¿Qué valen las plegarias oficiales de los municipios por la salud del otro, ante el cúmulo de felicitaciones que recibe éste después de la victoria? Tienen miedo, me dirás: también se excusaban así con él; tenían miedo. Esperemos los acontecimientos de Brindis; tal vez me impulsarán á decidir, ó me suministrarán al menos materia para escribirte.

## CARTA VI.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Nada sé aún de Brindis. Balbo me escribe desde Roma que cree embarcado al cónsul Léntulo; Balbo el menor, que no ha podido alcanzarle, supo la noticia en Camusio, desde donde la escribió. Añade que las seis cohortes (1) que se encontraban en Alba se han entregado á Curio en la vía Minucia (2); que lo sabe directamente por César, que muy pronto llegará á Roma. Seguiré tu consejo. No iré á ocultarme en Arpino en las presentes circunstancias. Quería, sin embargo, marchar allá para vestir á mi Cicerón la toga viril, y contaba con dar á César esta excusa; mas podría parecerle extraño que no prefiriese á Roma para la ceremonia. Después de todo, si al fin he de verle, tanto importa que sea ahí como en otra parte; y podremos discu-

---

(1) Estas cohortes eran de Domicio y las mandaba Bivio Curio. En esta circunstancia hicieron lo que habían hecho ya las de Lupo.

(2) Este era el camino de Brindis pasando por el país de los Sabinos, el Samniun y la Apulia.

rrir acerca de lo demás, esto es, si debo marcharme, por dónde y cuándo.

Según oigo decir, Domicio se encuentra en Cosano (1), y hasta se asegura que va á embarcarse. Si es para España, tanto peor; si marcha á reunirse con Pompeyo, le alabo: mejor es correr al extremo del mundo que encontrarse con Curcio, cuya presencia yo, su patrono, no podría soportar. ¿Qué diré de los demás? Pero mejor es callar, porque tendría que decir mucho de mí mismo, que habiendo obrado tan bien, con mi amor á la patria y mi ideas conciliadoras, me encuentro rodeado y como cogido en un lazo.

— Escrita mi carta, recibo una de Capua, que dice así: «Pompeyo se ha embarcado con todas sus fuerzas, que ascienden á treinta mil hombres. Los cónsules, los dos tribunos del pueblo y los senadores que estaban con él se han embarcado con sus esposas é hijos. Dícese que se hicieron á la vela el iv de las nonas de marzo (2), y desde entonces no ha cesado de soplar viento norte. Añádese que Pompeyo ha hecho quemar ó destruir todas las naves que quedaban en el puerto.» Lucio Metelo (3) ha recibido en Capua estas noticias de su suegra Claudia, que también se había embarcado.

Hasta el presente me ha dominado, como puede comprenderse, una ansiedad de la que no encontraba medio de salir; mas ahora que Pompeyo y los cónsules han aban-

---

(1) Cosa en Toscana. Domicio había arrebatado allí por fuerza á particulares algunas galeras que llevó con sus esclavos, libertos y colonos de sus tierras, para caer sobre Marsella.

(2) 4 de marzo. Esta noticia era prematura. Solamente los cónsules se habían embarcado; Pompeyo no lo hizo hasta el 17.

(3) L. Cecilio Metelo tuvo valor, cuando entró César en Roma, para oponerse á su petición de enviar una diputación á Pompeyo para tratar de un arreglo; y en seguida á la de emplear el dinero del tesoro en el pago de servicios públicos. César le amenazó con matarle y abrió por fuerza el tesoro público.

## CARTA VII.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Te escribí con fecha iv de los idus (1), pero no marchó el que debía llevarte la carta. En cambio llegó el mismo día el mensajero de que me había hablado Salvio, trayéndome carta tuya muy extensa, que por cierto me ha tranquilizado algo. No me atrevo á decir que he renacido, pero algo parecido me sucede. Puedes creer que no cuento con un desenlace feliz. Mientras vivan esos dos hombres, especialmente uno, no tendremos república. Así, pues, no espero tranquilidad, y estoy resignado á todo para lo venidero. Mi temor era no mostrarme ó, mejor dicho, no haberme mostrado digno de mí.

Puedes tener por cierto que tus cartas me han hecho mucho bien: no me refiero solamente á la más extensa, en la que tan admirablemente lo explicas todo. Aludo también á la más corta, en la que encuentro lo que podía desear más: la aprobación de mis intenciones y de mi conducta con Sexto. Sumamente grato me ha sido esto, porque conozco hasta qué punto me aprecia y la extraordinaria rectitud de su ánimo. Tu carta extensa ha reanimado á todos los míos como á mí mismo. Seguiré tu consejo: permaneceré en Formiano, y así no me acusarán de correr á su encuentro; y si no nos vemos, no podrá acusarme él de que le huyo.

En cuanto á obtener su aquiescencia para guardar á Pompeyo tantos miramientos como he guardado con él mismo, verás por una carta de Oppio y de Balbe, de que te

---

(1) 12 de marzo.

mando copia, que hace tiempo trabajo para conseguirla. También te remito copia de una carta que les ha escrito César, tan moderada como podía esperarse viniendo de un hombre cuya ambición no tiene límites. En tu opinión, si César no accede á mi deseo, debo entremeterme á negociar la paz. No retrocedo ante los peligros de esta empresa. Cuando por todos lados nos rodean peligros, ¿cómo no lanzarnos gustosos hacia aquella parte donde al menos puede conseguirse honor? Pero temo perjudicar á Pompeyo, y, sobre todo, tengo miedo «á su mirada, más terrible que la de Medusa.»

Es pasmoso hasta qué punto quiere nuestro Cneo parecerse á Sila. Hablo con conocimiento de causa, porque jamás ocultó mucho su deseo.—¿Y quieres estar con él? me dirás.—No obro así por amor á su causa, sino por agradecimiento, como obré con Milón (1), como... Pero basta con citar uno.—¿Luego no te parece buena la causa? dirás ahora.—Al contrario, excelente. Pero recuerda que la sostendrán por los medios peores. Su primer proyecto es reducir á Roma y á Italia por el hambre; en seguida devastarlo é incendiarlo todo; y no se abstendrán de despojar á los ricos. El partido contrario hará otro tanto; y si por gratitud no estuviese afiliado á un bando, preferiría aguardar en mi casa lo peor que puedan hacer. Sin embargo, tales favores debo á Pompeyo, que considero la ingratitud como un crimen; aunque, á la verdad, tus razones contra este modo de pensar, me parecen muy fundadas.

Opino como tú relativamente á mi triunfo: lo abandono sin pesar y de buen grado. Admirable sería si pudiésemos aprovechar insensiblemente el momento en que se abrirá la navegación, con tal, dices, de que haya tomado algún

---

(1) Defendiendo á Milón pagaba Cicerón una deuda de gratitud, dor el celo que desplegó aquél, siendo tribuno, para que revocasen su destierro.

asiento. Pero se encuentra mucho más firme de lo que creemos: puedes estar tranquilo en cuanto á esto. Te aseguro que, si tiene poder para ello, no dejará en Italia piedra sobre piedra.—;Y quieres asociarte á él! exclamarás de nuevo.—Repito que obro en contra de mi convencimiento y de todas las enseñanzas de la historia. Además, si deseo marcharme, no es tanto por ayudar á un partido en sus violencias, como para no presenciar las violencias del otro. No creas que se detendrán en el camino, ni que serán tolerables sus excesos. ¿No les conoces tan bien como yo? ¿Ignoras que ya no hay ley, ni magistrados, ni justicia, ni Senado, y que las fortunas particulares y la fortuna pública no bastarán para los desórdenes, las extravagancias, profusiones y necesidades de tantos famélicos? Así, pues, cueste lo que cueste, quiero embarcarme, si así opinas tú, sin embargo. Partamos, pues, por cualquier mar que sea, aunque prefiriendo el que más te agrada. Sé que solamente esperas noticias de Brindis y vamos á recibirlas.

Dices que hasta la hora presente los buenos aprueban mi conducta y saben que no he partido: mucho me alegro de ello, si es que hoy podemos alegrarnos de algo. Procuraré de nuevo averiguar dónde se encuentra Léntulo: he encargado de ello á Filótimo, hombre diestro y muy entusiasta por el buen partido.

Terminaré esta carta diciéndote que temo mucho no encuentres materia para escribirme, porque no puede hablarse de otra cosa que de los asuntos políticos, y nada tendrás que añadir á lo que ya me has dicho; pero tienes bastante talento (lo digo á fe mía como lo creo) para suplir á todo; y la amistad que tan perfectamente sabe aguzar mi ingenio, te ayudará también á tí. Escríbeme, te lo ruego, y todo lo más que puedas. Me disgusta que no me invites al Epiro, á pesar de que en ninguna parte soy mal compañero: pero adiós. Tendrás que pasear y hacerte dar fricciones; yo voy á dormir. Deberé á tus cartas una noche de buen sueño.

*«Balbo y Oppio á M. Cicerón, salud.»*

«Cualquiera que sea la posición en que nos encontremos, humilde y oscura como la nuestra, ó brillante y elevada, debe esperarse que se juzguen por los resultados y no por la intención los consejos que se den: sin embargo, tu bondad nos alienta, y vamos á decirte cual es, en nuestra opinión, el verdadero punto de vista de las cosas en el asunto de que nos escribes. En el caso de que nos equivocásemos será de buena fe y con toda ingenuidad. Si César no hiciese lo que en nuestro concepto debe hacer; si su primer cuidado, al llegar á Roma, no fuese trabajar en su reconciliación con Pompeyo; si, en fin, no supiésemos por él mismo que tal es su intención, no te llamaríamos á la ciudad, donde el papel de mediador será para tí más honroso y fácil que para cualquier otro, siendo, como eres, amigo de ambos. Si supusiéramos otras intenciones en César, y el propósito de hacer la guerra á Pompeyo, lo mismo que te hemos suplicado no armarte contra César, tampoco te aconsejaríamos combatir á un hombre á quien tanto debes. En fin, si hablásemos de César por conjeturas en vez de hablar de ciencia cierta, te diríamos que, teniendo amistad con los dos, el honor y la lealtad te imponen la abstención. Ahora bien, no dudamos que el generoso corazón de César no te agradezca esa neutralidad; y hasta si lo juzgas conveniente, le escribiremos acerca de esto y te diremos qué impresión nos produce su respuesta. Te garantizamos que no recibirás de nosotros más consejos que los inspirados por el cuidado de tu honor antes que los que tiendan al interés de César, cuya amistad por nosotros es tal, que contamos completamente con su aprobación.»

*«Balbo á Cicerón, imperator, salud.»*

»Celebraré que te encuentres con buena salud. Después de haberte escrito en común Oppio y yo, he recibido una carta de César, de la que te remito copia y por la que podrás comprender cuánto desea la paz y reconciliación con Pompeyo y cuán separado está su corazón de todo propósito violento. Al ver estas disposiciones, me regocijo tanto como debo. En cuanto á tí, mi querido Cicerón, no pienso de otra manera que tú mismo acerca de tus compromisos y afecciones. El honor y el deber te impiden empuñar las armas contra el hombre á quien estás agradecido: conozco á César y estoy convencido de que no te censurará. Sé positivamente que si no tomas partes en esta contienda armada, y no te unes á sus adversarios, creará haber conseguido de tí cuanto puede esperar. En efecto, ¿cómo podría pedir más á un hombre como tú, cuando á mí mismo permite que no esté en su campo, es decir, en el campo opuesto al de Léntulo y Pompeyo á quienes debo favores? Bástame, me ha dicho, que conserves tu toga y me sirvas en Roma, como les servirías á ellos si lo quisiesen. Y en efecto, actualmente me ocupo en Roma de los negocios de Léntulo, que dirijo yo solo. De esta manera le pago, á la vez que á Pompeyo, mi deuda de gratitud. En último caso, creo que no debe desesperarse completamente de una reconciliación, puesto que César se encuentra en las disposiciones que más podemos desear. Veria con sumo grado que te pareciese conveniente escribirle pidiéndole su apoyo, como con tanta razón, á mi juicio, lo pediste á Pompeyo en el asunto de Milón. Conozco muy poco á César, ó para contestarte ha de consultar mucho menos su interés que tu posición personal.

»Ignoro si te parecerán atinadas estas reflexiones, pero sí sé que ninguna de ellas deja de estar inspirada por ver-

dadero cariño y amistad. Tan alto estás en mi consideración (¡lo juro por la vida de César!), que hay muy pocos á quienes quiera como á tí. Dígnate escribirme en cuanto te decidas, porque no me es indiferente que quedes bien con el uno y el otro. Este es precisamente tu deseo, y te aseguro que no dudo has de conseguirlo. Cuida de tu salud.»

*«César á Oppio y Balbo.*

»Regocijome á fe mía al ver en vuestra carta que aprobáis lo ocurrido en Corfinio. Seguiré vuestros consejos, y tanto más fácilmente, cuanto que están de acuerdo con mis propias determinaciones. Sí, emplearé la dulzura y haré cuanto pueda por atraer á Pompeyo: intentemos este medio de ganar corazones y consolidar la victoria. El terror solamente ha conseguido hacer detestar á mis adversarios y no ha sostenido á nadie. Excepción de esto es Sila, pero no le tomaré por modelo. Busquemos la victoria por otros caminos, y busquemos apoyo en adelante en los beneficios y la clemencia. Más ¿cómo proceder? Tengo algunas ideas y otras se me pueden ocurrir aún. Meditad vosotros también en esto.

»Mis soldados han sorprendido á Cn. Magio, prefecto de Pompeyo (1), y, fiel á mis propósitos, en el acto le he puesto en libertad. Ya habían caído en mi poder otros dos prefectos de los obreros de Pompeyo y les había despedido de la misma manera. Si tales procedimientos les impresionan, deben hacer comprender á Pompeyo que mi amistad vale más para él que su alianza con hombres que, en el fondo, siempre fueron enemigos suyos y míos, y cuyas intrigas han puesto á la República en la triste situación en que se encuentra.»

---

(1) Prefecto de los obreros de Pompeyo, hecho prisionero por César, que le puso en libertad.

## CARTA VIII.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Encontrándome cenando esta noche, víspera de los idus (1), me entrega Stacio tu lacónica carta. Te contestaré primeramente, no sólo en cuanto á L. Torcuato, sino que también acerca de Aulo: uno y otro han partido; Torcuato hace ya muchos días. Me entero con sentimiento de lo que me dices acerca de las reuniones de Reata, y de todos esos gérmenes de proscripción para el país de los Sabinos (2). Ya sabía que habían regresado á Roma muchos senadores. ¿Podrá decir alguien por qué salieron?

Aquí se cree generalmente que César se encontrará en Formiano el xi de las kalendas de abril (3). Pero esto no pasa de ser una conjetura, porque no se reciben mensajes ni cartas. Quisiera tener á mi lado aquella Minerva de Homero bajo la forma de Mentor, á la que diría:

«Mentor, ¿qué rostro pondré á su llegada y de qué manera le recibiré?»

Jamás me ví en tanto apuro; pero al menos me encuentro preparado, y, suceda lo que quiera, ya es algo no ser cogido desprevenido. Cúdate: creo que ayer fué tu día de acceso.

---

(1) 14 de marzo.

(2) César no debía ignorar los proyectos de proscripción que formaban sus partidarios. Es de creer que no los desaprobaba por completo.

(3) 24 de marzo.

## CARTA IX.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Al día siguiente de los idus (1) recibí tres cartas tuyas, fechadas el iv, el iii y la víspera de los idus (2): voy á contestar siguiendo el orden de fechas. Creo, como tú, que lo mejor que puede hacer es permanecer en Formiano, y no embarcarme en el Adriático. Me comportaré, como ya te he dicho, de tal manera con César, que le parecerá bien mi retrainimiento de los negocios del gobierno. Apruebas mi disposición á olvidar las faltas de nuestro amigo: sí las olvido, y quiero olvidar además todos los motivos de queja que me dió: ¡tan cierto es que soy más sensible á los beneficios que á las ofensas! Obremos, pues, como dices, y procuremos estar bien con nosotros mismos. En esto pienso en mis paseos, y sin dejar de andar, me ejercito en las cuestiones que te propuse; pero algunas son muy difíciles de resolver. Quiero creer lo que me dices de los buenos, pero conoces el proverbio *Διονύσιος ἐν Κορίνθῳ*. El hijo de Titinio está con César. Parece que temes darme consejos que no me agraden; al contrario, nada me complace tanto como las cartas en que me dices lo que piensas. Continúa, pues, te lo ruego, como me prometes, y escríbeme cuanto se te ocurra; porque, lo repito, nada me complace tanto.

Pasemos á tu segunda carta. Razón tienes para no creer que Pompeyo haya llevado tal número de soldados; Clodio se equivocó en la mitad. Tampoco es cierto que haya destruído las naves que quedaban en el puerto. Alabas á

---

(1) 16 de marzo.

(2) 12, 13 y 14 de marzo.

los cónsules; apruebo tu buena intención, pero censuro el partido que han tomado. Al separarse de Pompeyo imposibilitaron todas las proposiciones de paz. Así, pues, no pienso ya en el trabajo que proyectaba, y te remito, por medio de Filótimo, el tratado de Demetrio acerca de la unión de los ciudadanos. Ya no dudo que nos amenaza una guerra funesta, que Pompeyo comenzará por reducir al hambre á Italia; y sin embargo me disgusta no intervenir en esta lucha fratricida. Y en efecto, si es un crimen abandonar en la necesidad á los padres ancianos, ¿qué nombre daremos á los furores de nuestros jefes, que van á hacer perecer por el hambre á la patria misma, la más venerable y sagrada de las madres? Y no es mi imaginación la que se espanta; lo he oído todo yo mismo. Esas naves que reúnen de todas partes, de Alejandría, de la Cólquida, de Tiro, de Sidón, de Chipre, de la Panfilia, de la Licia, de Rodas, de Chio, de Bizancio, de Lesbos, de Smirna, de Mileto, de Coos, son para interceptar los convoyes destinados á Italia, y para invadir todas las provincias que alimentan á Roma. ¿Pero cuál será la cólera del jefe, especialmente contra aquellos que más empeño tenían en salvar á Italia, como si le hubiesen abandonado los mismos que ha abandonado él! Así es que, cuando medito acerca de la resolución que debo adoptar, no me siento verdaderamente arrastrado más que por el afecto que profeso á Pompeyo: á no ser por esto, preferiría morir en el seno de la patria, á destruirla so pretexto de salvarla. Nada hay seguro para el viento norte (1). Temo como tú por el Epiro; mas ¿qué provincia de Grecia quedará libre de estragos? Públicamente hace promesas á los soldados, y ya les indica larguezas mayores que las de César. Muy bien me aconsejas para que no desmaye en mi entrevista con éste, y para

---

(1) Regiones del Norte de la Grecia, donde hacía Pompeyo sus preparativos de guerra contra César.

que le hable con energía. Así lo haré. No marcharé á Arpino hasta que le haya visto, por temor de no encontrarme aquí á su paso, ó por no verme obligado para alcanzarle á correr de un lado á otro por caminos muy malos. He oído decir, como indicas tú, que había llegado Bíbulo (1), y que partió la víspera de los idus.

En la tercera carta me dices que esperabas á Filótimo; pero no partió de aquí hasta el día de los idus (2), por cuya razón no recibiste antes mi respuesta á la carta que me trajo, aunque la escribí en el acto. Creo, como tú, que Domicio se encuentra en Cosano, pero se ignoran sus proyectos. Y ese malvado, el peor de los hombres (3), que pretende que su pretor puede celebrar los comicios consulares, ¿no es el mal ciudadano que siempre hemos conocido? Ahora veo claramente la intención de César, cuando me decía, en la carta de que te envié copia, que necesita *mis consejos*: pase lo de mi *influencia*; alguna tengo en efecto, pero tal vez quería insinuar que podría proporcionarle algunos votos de senadores: *de mi autoridad*; sin duda le parece algo un consular; en fin, *de todo mi poder*. Al leer tu carta comencé á sospechar que se proponía esto ó algo muy parecido. Muy importante es para él que no haya iaterrigno, y no lo habrá si un pretor puede celebrar los comicios consulares. Pero en nuestros libros de augures vemos que el pretor no puede presidir ni elecciones de cónsules, ni siquiera de pretores, y que no hay ejemplo de que tal cosa haya sucedido: no puede presidir la de cónsules, porque un magistrado inferior no puede crear uno superior; ni la de pretores, porque su elección es la

---

(1) Volvía de su provincia de Siria. Pompeyo le dió el mando general de su flota.

(2) 15 de marzo.

(3) Sin duda habla aquí Cicerón de Lépido, que era entonces pretor y que se entregó por completo á César. Después fué uno de los triunviros.

misma, aunque los cónsules sean superiores. Verás cómo César piensa servirse de mí para conseguir que se decida que esto puede hacerse, prescindiendo con gusto de la autoridad de Galba, de Scévola, de Cassio y de Antonio (1).

Τότε μοι χάριτι εὔρεται χθών.

Ya ves qué tempestad amenaza. Cuando sepa con exactitud los nombres y el número de los senadores que han pasado el mar, te lo diré. Con razón crees que no podrá Pompeyo mantener su ejército sin levantar subsidios extraordinarios; y muy bien juzgas, por la insaciable avidez de los que le rodean, que esta guerra no puede menos de ser desastrosa. Aunque, según dices, Trebacio no espera nada bueno de esto, no dejo de desear con vehemencia verlo; te ruego que le des prisa: me agradaría hablarle antes de la llegada de César. Desde que supe la muerte de Famea (2), deseé, si todavía hemos de tener república, que algún amigo mío comprase su casa de Lanuvio: sin embargo, aunque eres el mejor, no había pensado en tí. Sé cómo empleas tu dinero, y he visto en Roma y en Delos tus libros de cuentas. En último extremo, aunque la casa sea muy agradable, no querría dar ahora lo que ofrecí bajo el consulado de Marcelino (3). Como me convenía mucho, á causa de la que tenía entonces en Anzio, y creía que me costaría menos comprarla que reconstruir la de Túsculo, ofrecí quinientos mil sextercios á Famea, que se encon-

---

(1) Es muy probable que Cicerón no se equivocara. Solamente como augur podía decidir Cicerón, so pretexto que los auspicios eran favorables á aquella decisión, que el pretor podía celebrar los comicios consulares. César le dispensaba el honor de preferirle para consultar estos auspicios á los Galba, Scévola, Cassio y Antonio, que eran augures como Cicerón.

(2) Rico liberto, abuelo ó tío del famoso autor Tigelio.

(3) Cn. Cornelio Léntulo Marcelino, cónsul en 69s con L. Marcio Filipo.

traba en Anzio para venderla y que no aceptó. Pero ahora ha decaído mucho todo á causa de la escasez del dinero. Más me convendría que la comprases tú, ó, mejor dicho, nos convendría á los dos. Y no cuentes por nada los insensatos gastos que allí se han hecho, porque esos embellecimientos la han hermoseado mucho. Pero todas estas cosas me parecen ya presa de la destrucción. Esto tenía que contestar á tus tres cartas: espero otras: esto ha sido hasta ahora mi único consuelo. Día de las Liberalia.

## CARTA X.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Nada tengo que decirte: ayer contesté á tus cartas, y después no he recibido ninguna noticia: mas como el tedio que me quita el sueño no me deja descansar tampoco durante el día, y no encuentro distracción mas que departiendo contigo, te escribo sin sabër á punto fijo lo que voy á decirte.

Paréceme que he estado ciego desde el principio, y mi tormento mayor es censurarme hoy no haber seguido por todas partes á Pompeyo, como el soldado sigue á su enseña, aunque marchase de caída en caída. Le ví el xiv (4) de las kalendas de febrero; ya le dominaba el miedo, y desde aquel día comprendí cuál era su propósito. Después no he tenido momento de satisfacción; no ha hecho otra cosa que amontonar faltas sobre faltas; ya no escribía, y solamente pensaba en huir. ¿Qué quieres? Así como en amor desaparecen muy pronto de nuestro corazón las mujeres descuidadas, que no tienen gracia ni talento; así también la debilidad de Pompeyo y la vergüenza de su fuga habían

---

(4) 19 de enero.

debilitado mi cariño. Nada hacía que fuese digno de él: ¿por qué había de seguir yo á un fugitivo? Ahora recobra su imperio la amistad, y no puedo soportar mi alejamiento de él: los libros, los estudios, la filosofía no me sostienen ya; soy como el ave que conoces, miro día y noche al mar; quisiera poder levantar vuelo. Castigado estoy, cruelmente castigado por mi imprudencia; pero en último caso, ¿qué tengo que censurarme? ¿qué he hecho sin razones poderosas? Si solamente se hubiera tratado de huir con Pompeyo, sin trabajo me hubiese decidido; pero lo que me causa horror es esta guerra, que será mucho más cruel de lo que se piensa. ¡Qué amenazas á los municipios! ¡Cuántas á determinadas personas notables y en general á todos los que no le sigan! Cuántas veces ha dicho: *Sila pudo hacerlo, ¿no he de poder yo?* No, no puedo desterrar estas ideas. Tarquino fué culpable de haber armado contra su patria á Porsena y Octavio Mamilio: Coriolano fué impío por haberse hecho ayudar por los Volscos; ¡honor á Temístocles que prefirió morir! Siempre se detestará la memoria de Hippias (1), hijo de Pisístrato, que murió en la batalla de Maratón combatiendo contra su patria. Pero Sila, Mario, Cinna, no hicieron nada semejante; hasta tenían cierta apariencia de derecho: y sin embargo, ¿hay algo más cruel que su victoria? ¿algo más funesto? Semejante guerra me hacía retroceder horrorizado, y tanto más, cuanto que ante mi vista se adoptaban resoluciones y medidas más terribles aún. Yo, que he recibido los sagrados títulos de salvador y padre de la patria, ¿había de traer ante sus muros á los Getas, los Armenios y los de Cólquida? ¿traería el hambre á los míos y devastaría la Italia? Pensaba que Pompeyo es mortal y que puede perecer de mil maneras,

---

(1) Después de la muerte de su hermano, asesinado por Armodices y Aristogitón, Hippias se refugió entre los Persas é impulsó al Rey á que hiciese la guerra á los Griegos.

mientras que todos debemos, en cuanto nos sea posible, trabajar para la salud é inmortalidad de Roma y del pueblo romano. Tenía además alguna esperanza en que se pondrían de acuerdo; que César no se decidiría á cometer tamaño atentado, ni Pompeyo seguiría su funesta resolución. Las cosas han cambiado mucho hoy, y mi espíritu también. Paréceme, como dices en una carta, que el sol se ha retirado del mundo. Así como se dice que un enfermo no está desesperado mientras tiene un soplo de vida, así también mientras Pompeyo ha estado en Italia he tenido alguna esperanza de paz. Esto, esto es lo que me ha engañado; y á decir verdad, esta edad en que la naturaleza, después de tan largos trabajos, se vuelve hacia el reposo, me ha hecho más queridas, al debilitarme, las dulzuras de la paz doméstica. Ahora estoy decidido, sea el que quiera el peligro, á escapar de aquí. Quizá debí hacerlo antes; pero me han retenido las razones que te he dado antes, y más aún tus consejos.

Cuando llegué á este punto, comencé á releer tus cartas, que tengo selladas y cuidadosamente guardadas. He aquí lo que me dices en la del x de las kalendas de febrero: «Veamos antes qué hará Pompeyo, y qué resultado tendrán sus disposiciones. Si abandona la Italia, no puede cometer mayor falta, ni más insensata; en este caso tendremos que adoptar otro plan.» Me escribiste esta carta cuatro días después de nuestra salida de Roma. En otra del viii de las kalendas de febrero, decías terminantemente: «Paso á tu asunto: si Pompeyo sale de Italia, creo que harás bien en regresar á Roma: ¿cómo has de seguirle hasta el fin del mundo?» He retenido bien esto, y ahora veo que á esa fuga vergonzosa, que para dulcificarla llamas tú retirada, seguirá una guerra que no tendrá fin. Esta predicción haces el vi de las kalendas de febrero (1):

---

(1) 27 de enero.

«Si Pompeyo permanece en Italia, y los negocios no se arreglan, la guerra será larga; si pasa el mar, no veremos su fin.» ¿Debo yo participar, ayudar, impulsar una guerra sin fin contra mis conciudadanos? Enterado en seguida de los proyectos de Pompeyo, terminabas así tu carta del vii de los idus de febrero (1): «No te aconsejo en manera alguna que sigas á Pompeyo si sale de Italia: esa determinación sería muy peligrosa para tí, é inútil para la República; mientras que permaneciendo aquí podrás servirla.» ¿Cómo no había de aceptar un buen ciudadano, un político, el consejo de un amigo tan prudente como tú? El iii de los idus de febrero (2) me remites esta respuesta tan categórica: «Me preguntas si debes huir ahora con Pompeyo, ó si será mejor que esperes: por mi parte, creo que en la ocasión presente no debes precipitar nada, y que partiendo tan repentinamente te expones sin serle útil. Paréceme mejor que os separéis para observar al enemigo; pero á la verdad es vergonzoso pensar en huir.» Lo que tú encuentras tan vergonzoso, Pompeyo lo había pensado hace dos años ya: hasta tal punto sólo sueña en Sila y en proscripciones. Algunos días después, como había creído ver en algunas generalidades de tus cartas que me impulsabas á salir de Italia, combates esta idea en la del xi de las kalendas de marzo (3): «Nunca he pretendido aconsejarte que siguieras á Pompeyo, si éste sale de Italia; esto no sería contradicción solamente, sino demencia.» Y en otro lugar de la misma carta: «No queda mas que la fuga; pero no opino de esa manera, ni he opinado nunca.»

Más á fondo todavía examinas esta cuestión en tu carta del xii de las kalendas de marzo: (4) «Si M. Lépido y L. Vol-

---

(1) 7 de febrero.

(2) 11 de febrero.

(3) 19 de febrero.

(4) 18 de febrero.

cacio se quedan, haz tú lo mismo. Sin embargo, si Pompeyo no cae y al fin se detiene en alguna parte, bien harás en separarte de esa turba infernal que está con César: mejor es morir con aquél, que reinar con éste en medio del desorden que fácilmente puede preverse.» Desarrollas esta idea, y terminas así: «¿Siguen á Pompeyo M. Lépidio y Volcacio? en este caso dudo.» No puedes ya dudar, puesto que permanecen en Italia. El v de las kalendas de marzo (1), habiendo partido ya Pompeyo para Brindis, me decías: «No dudo que permanecerás en Formiano, donde podrás, mejor que en otra parte, ver el giro que toman las cosas.» Y en las kalendas de marzo (2), encontrándose ya cinco días Pompeyo en Brindis: «Podremos deliberar entonces; y si no estás completamente libre en cuanto al uno ó al otro partido, siempre lo estarás más que si precipitas tu marcha.» El iv de las nonas de marzo (3), en una carta muy breve, escrita momentos antes de tu acceso: «Mañana te contestaré detalladamente: entre tanto te diré que no me arrepiento de haberte aconsejado permanecer; y aunque sea un mal la agitación en que te encuentras, como me parece que lo sería mayor tu marcha, no cambio de opinión, y me congratulo de que no hayas partido.» Después, como me encontraba muy inquieto, como te mostraba mi miedo á faltar al honor, me decías el iiii de las nonas de marzo (4): «No siento, sin embargo, que no te encuentres con Pompeyo: si más adelante es un deber estar á su lado, podrás reunirte con él, que siempre te recibirá con agrado. Pero añadiré que si César no cambia y continúa mostrando igual rectitud, moderación y prudencia, necesario ser considerar entonces, y con mayor atención, lo que más no

---

(1) 25 de febrero.

(2) 1.º de marzo.

(3) 4 de marzo.

(4) 5 de marzo.

conviene (1).» El VII de los idus de marzo me dices que á Pudeceo, cuya opinión tanto peso tiene para mí, le parece muy bien que no haya marchado. De esta manera me consuelo leyendo tus cartas, que hacen que hasta el presente nada tenga que censurarme. Defiéndeme, no por mí, sino por los otros. Si hasta ahora no he cometido ninguna falta, tendré mucho cuidado para lo venidero. Dáme alientos por tu parte, y sobre todo aconséjame. Todavía no se habla aquí del regreso de César. Esta carta ha servido para que lea de nuevo todas las tuyas, y he encontrado descanso.

## CARTA XI.

CICERON Á ÁTICO, SALUD.

Debo decirte que nuestro Léntulo se encuentra en Puz- zola; lo sé por un viajero que dice haberle visto en la vía Appia, reconociéndole en un momento en que entreabría la litera. Aunque dudando del hecho, encargué á algunos esclavos míos que se informen de él en Puzzola y que le lleven una carta de mi parte. No sin trabajo, le han encontrado oculto en lo más recóndito de su casa de campo. En su contestación alaba mucho los procedimientos de César (2), y me dice que ha encargado á C. Cecio que me comunique sus resoluciones. Le espero hoy, XIII de las kalendas de abril (3). El día de la fiesta de Minerva he tenido en

---

(1) Hasta la carta del III de las nonas de marzo, Atico no habia cesado ni una sola vez de aconsejar á Cicerón que permaneciese en Italia. Pero la agitación de éste apenas le permitía ver la claridad de los consejos de Atico, al que atribuía contradicciones. Así lo manifiestan todas las cartas que escribió á Atico desde la entrada de César en Italia y la derrota de Pompeyo.

(2) Porque le puso en libertad en Corfinio.

(3) 20 de marzo.

casa á Macio, hombre prudente y moderado, á fe mía, según me ha parecido y que siempre ha estado en opinión de inclinarse á la paz. ¡Qué bien he visto que está muy lejos de aprobar lo que sucede y de no temer nada de la banda infernal, como tú la llamas! Hablamos mucho y le enseñé la carta de César de que te remití copia, en la que manifiesta deseo de «aprovechar mis consejos, mi favor é influencia y todo lo que puedo en fin.» Macio no duda que pretende en esto aprovechar mi mediación para conseguir un arreglo. ¡Ojalá pudiese yo desempeñar eficazmente un papel pacífico en este trance funesto!

El día anterior había visto á Crassipes, que me dijo haber salido de Brindis la víspera de las nonas de marzo (1), encontrándose todavía allí Pompeyo. Lo mismo me han dicho otras personas que no partieron hasta el viii de los idus (2): todos concuerdan en decir, y Crassipes con ellos, que allá abajo solamente se oyen imprecaciones, amenazas de odio á los ricos, guerra á los municipios (¿qué prudencia puedes esperar?), proscripciones en masa: todos son Silas. ¡Debe oírse lo que dice Luceyo, y todo el cortejo de Griegos, y Theofanes (3)! Esta es, sin embargo, la esperanza de la República. No pueden soportarse tales cosas, y así es que no tengo momento tranquilo. Por huir todo contacto con esta calamidad (4), iría en busca de las gentes que me parecen. ¡Un Escipión (5), un Fausto (6), un Libón con todo el enjambre de acreedores (7)! ¿De qué enormidad no

(1) 6 de marzo.

(2) 8 de marzo.

(3) Todos estos Griegos, de los que el más importante era ~~era~~ nes, eran libertos, amigos y cortesanos de Pompeyo.

(4) Designa á los Cesarianos, de los que no huiría sino para unirse á los Pompeyanos, que eran peores, y á los que tan poco se parecía.

(5) Q. Cecilio Metelo Pío Scipión, suegro de Pompeyo.

(6) Fausto Sila.

(7) Estos tres personajes estaban acerbados de deudas: Escipión era objeto de persecuciones oficiales por el mismo motivo.

serán capaces esas gentes? ¿De qué excesos contra los ciudadanos se abstendrán esos vencedores? ¿Pero no admiras los vastos propósitos de nuestro Cneo? Helo, según dicen, pensando en Egipto, en la Arabia feliz, en la Mesopotamia. ¡Y prescindiría de la España, cosa increíble! pero tal vez inventan. Lo cierto es que, por una parte, no se trabaja ya para salvar la República, y por la otra saben muy bien cómo perderla. Espero con impaciencia carta tuya. Desde nuestra fuga, mis contestaciones se suceden sin interrupción. Te remito copia de mi carta á César, de la que espero algo.

*«Cicerón, imperator, á César, imperator, salud.»*

»He leído la carta que me has remitido por medio de Furnio, en la que me invitas á volver á Roma. Hablas en ella de aprovechar mi consejo y mi posición: nada de esto me extraña. Pero añades de mi influencia y de todo mi valimiento, y me pregunto qué quieres decir con esto. Inclíname naturalmente á creer que tu alta prudencia no puede inspirarte mas que pensamientos de paz, de inteligencia y concordia con tus conciudadanos. En este caso soy el hombre que necesitas, tanto por mi posición como por mi carácter. Si, pues, no me engaña mi presentimiento, y si tienes benevolencia por Pompeyo, algún deseo de verle volver hacia ti y hacia la República, en ninguna parte encontrarás agente mejor que yo, que jamás haya dado mas que consejos de paz á Pompeyo, en todas épocas, en el Senado siempre que he podido; que yo, que una vez sobrevvenida la guerra, no he tomado parte activa en ella, sino que, por el contrario, la consideré siempre como brecha abierta por el odio y la envidia al privilegio que te había concedido el pueblo romano. Y no me he limitado á sencilla manifestación de mi convencimiento en este punto, sino que me he esforzado en hacer participar de ella á los

demás. Pero al mismo tiempo no puedo ver hoy con indiferencia el rebajamiento de Pompeyo; porque desde hace algunos años he hecho de tí y de él mis predilectos, dedicándoos á los dos profunda amistad.

»Te ruego, pues, y te lo ruego hasta de rodillas, que te apartes un momento de los graves cuidados que te ocupan, y atiendas á que me sea permitido mostrarme leal, agradecido, fiel, en una palabra, á los favores más grandes que ha podido recibir un hombre. Si se tratase solamente de un favor personal, no carecería de esperanza. Pero interesa á tu honor y á la República atender al único tal vez que puede servir de mediador entre vosotros dos y entre todos los ciudadanos. Ya te he dado gracias por haber perdonado la vida á Léntulo (1); por haber hecho por él lo que él había hecho por mí. Mas después de la carta que me escribió en el arranque de su gratitud, paréceme que comparto el beneficio. Si tal es mi gratitud por lo que atañe á Léntulo, haz, yo te lo ruego, que pueda sentirla igual por lo que atañe á Pompeyo.»

## CARTA XII.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Cuando leía tu carta del XIII de las kalendas (2), recibí una de Lepta por la que sé que Pompeyo esta rodeado y que el puerto está cerrado con balsas (3). Las lágrimas me ofuscan y me impiden escribir. Te mando copia de esta

---

(1) Léntulo Spinter, hecho prisionero en Corfinio.

(2) 20 de marzo.

(3) Era un error. Brindis solamente estaba bloqueado aún por tierra. (Ces. De Bell. civ.)

carta. ¡Desgraciados de nosotros! ¿por qué no hemos compartido todos su suerte? He aquí á Macio y Trebacio que me confirman estas noticias. Los mensajeros de César les han encontrado en Minturno. Es espantoso lo que sufro, y envidia la suerte de Mucio. ¡Cuán nobles y seguros son tus consejos! ¡qué penetración! Itinerario por tierra, travesía por mar, entrevista con César, todo está marcado, hasta el lenguaje que debe emplearse, teniendo tan en cuenta la dignidad como la prudencia. El ofrecimiento de tu casa del Epiro ¡cuán grato, generoso y fraternal es!

La conducta de Dionisio me admira; ¡un hombre más considerado en mi casa que Panecio en la de Escipión (1) y que tan indignamente me trata en mi infortunio! Le odié y le odio; ¡ojalá pueda vengarme! Pero le dejo á él mismo el cuidado de mi venganza.

Ahora es cuando más principalmente es necesario que medites lo que tengo que hacer. Un ejército romano sitia á Ca. Pompeyo. Fosos y trincheras le rodean por todas partes. La fuga es imposible. ¿Y todavía vivimos? ¿y Roma está en pie? ¡Los pretores tienen audiencias; los ediles preparan juegos; los buenos colocan su dinero, y yo mismo permanezco sentado! ¡Intentaré un rasgo de desesperación para llegar hasta él? ¡Marcharé á levantar en favor suyo las ciudades municipales? Los buenos me dejarán hacer; los indiferentes se burlarán de mí, y los facciosos, vencedores hoy y disponiendo de la fuerza, no retrocederán ante ninguna violencia.

¿Qué piensas, pues? ¿qué me aconsejas? ¿Qué medio hay para salir de tan miserable situación? Lo que en este momento me aflige, lo que me atormenta es oír alabarme como prudente, como bien inspirado en no haberme reunido con él. Yo me digo todo lo contrario; jamás he deseado participar de su victoria, pero todo lo daría por aso

---

(1) Escipión el Africano, en cuya casa vivió el filósofo Panecio.

ciarme á su desastre. Ahora ¿á qué rogarte que me escribas, pedirte consejos ni invocar tu bondad? Todo ha concluido. En nada se me puede ayudar, y no puedo desear otra cosa sino que algún enemigo se compadezca y acabe conmigo.

Creo que era falsa la noticia de la clausura del puerto de Brindis. Porque ¿cómo me escribía Dolabela (1) desde Brindis, el iii de los idus de marzo (2), considerando como fortuna de César que Pompeyo estuviese dispuesto á huir y sólo esperase viento favorable para hacerse á la mar? Esto no concuerda con las cartas de que te he remitido copia. Aquí solamente se refieren cosas abominables; afortunadamente, acerca del hecho en cuestión, nadie puede tener detalles más seguros y recientes que Dolabela.

He recibido tu carta del xi de las kalendas. Dices que no puedes darme ningún consejo antes de saber qué ha sucedido: verdad es; imposible tomar ninguna resolución entre tanto y ni siquiera pensar en ello. Sin embargo, esta última carta de Dolabela me lleva, á pesar mío, á mis antiguos proyectos; porque, en fin, la víspera de las quincuagésimas el tiempo fué muy bueno y no dudo que lo aprovechase Pompeyo.

No ha sido para quejarme si he entresacado algunos pasajes de tus cartas, sino para encontrar consuelo en ellos. Menos sufro por los males presentes que por el temor de haber faltado y obrado temerariamente. Ahora bien, me consuelo viendo que mi conducta está de acuerdo con todas las observaciones. Si no hubiese hablado tanto, me dices, de lo que debo á Pompeyo, me encontraría mucho menos comprometido con él: verdad es. Pero no he mencionado tanto, demasiado quizás, sino para impedirle creer que

---

(1) El yerno de Cicerón.

(2) 13 de marzo.

sus pasadas ofensas hablan dejado algún rastro en mi ánimo. Aunque no hubiese olvidado esas ofensas, no debería hoy recordarlas más que por sus últimas acciones. Comenzó por rehusarme su apoyo cuando podía serme útil; pero después fué amigo mío, y amigo muy entusiasta. ¿Por qué? lo ignoro. Pero como quiera que sea, yo debo mostrarme amigo suyo á mi vez. Además, existe entre nosotros la relación de que á los dos nos han engañado las mismas personas. ¡Ojalá pudiese yo hacer por él todo lo que él pudo hacer por mí! Sin embargo, lo que hizo está grabado en mi corazón; y yo no sé cómo serle útil: pero si pudiese serlo, no le prestaría mi apoyo en sus espantosos proyectos de guerra: no quiero sin embargo inferirle la ofensa de permanecer aquí. Y á fe mía, imposible es que yo vea por mucho tiempo lo que está pasando ante mis ojos, y demasiado sabes tú á dónde nos llevan. Si tanto he esperado, es porque cuesta mucho trabajo condenarse voluntariamente á perpetuo destierro: porque no acaricio ilusiones. César tiene peones, jinetes, naves, auxiliares galos, cuya importancia exagera sin duda Macio. Tengo seguridad de que ha hablado de diez mil peones y seis mil caballos que la provincia ha ofrecido mantener á su costa durante diez años. Pero aunque sea exagerado esto, no por ello deja de tener César un ejército numeroso, y no se contentará, como el otro, con impuestos de guerra, sino que se apoderará de los bienes de los ciudadanos. Añade su carácter, que no duda jamás del triunfo, y la estúpida molicie de los buenos, que no abominan este terrible juego sino porque saben que Pompeyo está irritado con ellos. Pero dices: ¿quién lo ha declarado en voz alta? Lo que hay de cierto es que, como se le había atribuído más daño del que hace, se sienten inclinados hacia él, mientras que el otro, por el contrario, pierde diariamente partidarios. Las ciudades municipales y las gentes de los campos le temen, siendo favorables á su adversario. En fin, César es tan poderoso que, aunque se

puédesse resistirle, no se le podría abatir. Por mi parte no temo tanto sus seducciones como las desgracias que pueden ocultar. Tú sabes lo que dice Platón de las súplicas de un tirano, que casi siempre hay que tomarlas por órdenes. Veo que no apruebas aquel retiro que me quitaría toda comunicación con el mar (1). Tampoco me agrada mucho, pero allí me encontraría muy oculto y rodeado de personas seguras. Con las mismas ventajas preferiría Brindis, mas ¿cómo permanecer oculto allí? En último caso, esperemos los acontecimientos. En cuanto á los buenos, no veo por qué me haya de ocupar mucho de lo que digan. Sexto me habla de sus cenas; ¡qué espléndidas y regaladas! Por muy buenos que sean, no son mejores que yo: si fuesen algo más enérgicos, atendería más á su opinión. Me he engañado acerca de la casa de Fameas: creí que fuese la troyana (2), por la que ofrecí quinientos mil sextercios. Esa otra vale más. Quisiera que adquirieses esa propiedad; pero ¿hay algo en que pueda gozarse? Juzga por la nota que añadido á mi carta las espantables cosas que sabemos diariamente. Léntulo, según dice Cecio, continúa en Puzzola, dominado por hondo pesar y sin saber qué hacer. Teme otro Corfino. Cree haber hecho bastante por Pompeyo y le conmueven los buenos procedimientos de César; pero le conmueve mucho más la situación, que juzga con sumo acierto. ¿Qué te parece? En medio de todos nuestros males, este es el mayor de todos. Pompeyo ha enviado á M. Magio para tratar de la paz, y entre tanto le sitian. Me resistía á creerlo, pero he recibido cartas por mediación de Balbo y te remito copia. Lee y fijate especialmente en el último párrafo de la de Balbo, á quien Pompeyo regaló un terreno para construir una quin-

---

(1) Probablemente algún paraje aislado en el interior de las tierras.

(2) Localidad situada entre Ardea, Laurento y Aurio, donde se estableció Eneas al llegar á Italia.

ta, y á quien muchas veces concedió la preferencia sobre todos nosotros. ¡Desgraciado, cómo se atormenta! pero no quiero copiar dos veces su carta y á ella te remito. No tengo ninguna esperanza de paz. He recibido una carta de Dolabela, fechada en el día de los idus de marzo, que no respira más que guerra. Insistamos, pues, en mi desgraciada y miserable resolución, porque nada hay peor que permanecer aquí.

*«Balbo á Cicerón, imperator, salud.»*

»He recibido una esquila de César, que copio á continuación. A juzgar por su laconismo, preciso es que ande muy ocupado para que me escriba solamente dos palabras acerca de cosas tan importantes. Te enteraré en seguida de todo lo que ocurra.»

*«César á Oppio y Cornelio Balbo, salud.»*

»He llegado delante de Brindis el vii de los idus de marzo (1) y he dictado mis órdenes. Pompeyo está en la ciudad. He dado á sus indicaciones la conveniente respuesta. No pierdo momento para enterarte de esto. En cuanto tenga esperanza de arreglo definitivo, te lo comunicaré.»

»¿Puedes comprender ahora, mi querido Cicerón, cuáles serán mis angustias, cuando por segunda vez se me lisonjea con la paz, y tiemblo por si sobreviene algún suceso que la impida? Desde lejos solamente pueden hacerse votos, y los hago muy ardientes. Si me encontrase con ellos, tal vez podría hacer algo de provecho. La expectación me devora.»

---

(1) 9 de marzo.

## CARTA XIII.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

El día ix de las kalendas (1) te remiti copia de una carta de Balbo y de otra que éste había recibido de César. El mismo día recibí para tí de Capua una de Q. Pedio (2). La víspera de los idus de marzo (3) le escribió César lo siguiente: «Pompeyo resiste aún en la ciudad, y yo estoy acampado á sus puertas. Emprendo un trabajo importante; será largo porque el mar es profundo; pero creo que es lo mejor que puedo hacer aquí. Construyo un dique de uno á otro extremo del puerto. De esta manera obligo á Pompeyo á que se embarque con sus tropas, ó le cierro el paso.» Ahora bien; ¿dónde están las esperanzas de paz de que tanto se preocupaba Balbo? ¿Cuán cruel é implacable es ese lenguaje! Asegúrase además que se le ha oído decir que viene á vengar á C. Carbón (4), M. Bruto (5) y todas las víctimas de las crueldades de Sila, de quien Pompeyo fué socio; que Curión obra por órdenes tuyas, como Pompeyo obraba por las de Sila, á no ser que tuviese ya propósitos particulares; que no revoca el destierro más que á los condenados en contra de las antiguas leyes de Roma; que, por el contrario, Sila no llamó á un solo desterrado que no fuese traidor

---

(1) 24 de marzo.

(2) Teniente de César.

(3) 14 de marzo.

(4) Hermano de Gn. Carbón, que, según Veleyo Patérculo, aquel año era cónsul por tercera vez.

(5) Padre del asesino de César. Fué muerto por Pompeyo en la Galia Cisalpina, donde mandaba.

á la patria. Quéjase de la violencia empleada con Milón (1), y declara que para él no hay otros enemigos que los que tienen empuñadas las armas. Todo esto lo desmiente un tal Bebio enviado por Curión el iii de los idus; hombre que habla bien, pero que no se sabe quién es. Me encuentro muy vacilante en cuanto á lo que debo hacer. Sin duda Pompeyo ha abandonado á Brindis á estas horas: dentro de dos días lo sabré de una manera positiva. No he recibido carta tuya; ni siquiera una palabra por medio de Anteros (2). En último caso, no me sorprende. ¿Qué tenemos que decirnos? Sin embargo, no quiero dejar pasar ni un día sin darte noticias mías.

Escrita mi carta, recibo, antes de amanecer, una de Lepta, diciéndome desde Capua que Pompeyo se embarcó en Brindis el día de los idus de marzo (3) y que César llegará á Capua el vii de las kalendas de abril (4).

#### CARTA XIV.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Después de escribirte que César llegará á Capua el vii de las kalendas, he recibido cartas en las que me dicen pernoctará el v (5) en casa de Curión, cerca de Albano. En cuanto le vea, marchó á Arpino. Si me concede lo que pido, bien; si no, decidiré por mí mismo. Me escribe que

---

(1) La queja de César en cuanto á esto no debía desagradar á Cicerón. Sin embargo, á pesar de su compasión por Milón, César, por escrúpulo que no se explica, no le llamó del destierro.

(2) Liberto de Atico.

(3) 15 de marzo.

(4) 26 de marzo.

(5) 28 de marzo.

hace ocupar las ciudades de Brindis, Tarento y Siponto, por una legión cada una, sin duda para interceptarnos el mar. Sin embargo, me parece más dispuesto á pasar á Grecia que á España (1). Pero no nos encontramos allá y lo que me inquieta es la entrevista. Se acerca el momento; ¿por dónde comenzará? Me estremezco. Va á querer un senatus-consulta, una decisión augural. Necesario será marchar á Roma ó temer las medidas en contra de los ausentes. Hará declarar que un pretor puede presidir las elecciones de cónsules y nombrar dictador. Lo uno y lo otro es ilegal. Sila, sin embargo, pudo hacerse nombrar dictador por un interrey (2): ¿por qué no ha de imitarle César? Lo más claro que veo en todo esto es la alternativa de que me trate á lo Q. Mucio ó el otro á lo L. Escipión (3). Cuando leas ésta, quizá se habrá realizado ya nuestra entrevista.—¡Valor! me dirás; pruebas más hondas has resistido.—Jamás; ni siquiera en mi destierro. Entonces tenía la esperanza de regresar; se me compadecía. Hoy me destierro voluntariamente: ¿cuándo regresaré? Ya no se nos compadece; se nos teme. Las ciudades y los campesinos contemplan á Pompeyo enfurecido, sediento de sangre. Sin embargo, no veo nada peor que haber permanecido aquí; nada mejor que marchar á reunirme con él. Tú aplazaste tus consejos hasta el acontecimiento de Brindis. Ya se ha realizado, y todavía no sabemos qué hacer. No tengo mucha esperanza de conseguir mi propósito con él, á pesar de que tengo excelentes razones que darle. Pero ya te daré cuenta de nuestra conversación palabra por palabra. Ahora, que tu amistad se ponga en juego, porque nunca he necesitado tanto de tus consejos y prudencia. Al paso que marcha, ni siquiera me

---

(1) Esto es lo contrario de lo que hizo César.

(2) Este interrey era C. Valerio Flacco.

(3) L. Escipión el Asiático, proscrito por Sila.

dará tiempo para ver á T. Rebilo (1), como me había propuesto. Me coge desprevenido; pero como dice Menter:

«Encontraré recursos en mi mismo,  
Ó un Dios me inspirará.»

No he visto las proposiciones de César á Pompeyo y á los cónsules, y Lucio no me ha traído copia; pero antes te mandé á uno que podrá enterarte. Filippo está en Nápoles y Léntulo en Puzzola. Procura averiguar dónde se encuentra Domicio y qué piensa hacer.

Te parecerá que he escrito de Dionisio con aspereza impropia de mis costumbres: ya ves que soy hombre á la antigua. Creía que tomarías el asunto con más enojo aún que yo. Figurábame que no podías ser indiferente á cualquier ofensa que recibiese, de cualquier parte que procediera; y además ese hombre te ha ofendido también, conduciéndose tan indignamente conmigo. Pero en este asunto tu juicio es libre y no quiero imponerte mi resentimiento. Siempre consideré á Dionisio como hombre ligero; ahora veo que es impuro y malvado: pero de nadie es tan enemigo como de sí mismo. Háblame de tu contestación á Figargiro: eso ha sido verdadero y bueno; en realidad yo he sido el despedido. Ya había partido mi carta del viii de las kalendas (3), cuando he recibido una de Trebacio y de Macio por medio de los mensajeros que les había enviado. He aquí la copia:

---

(1) César había enviado á su teniente C. Caninio Rebello para que conferenciase con su íntimo amigo Scribonio Libón acerca de los medios de procurar la paz y para que habiase con el mismo Pompeyo.

(2) L. Marzo Filippo, consular.

(3) 25 de marzo.

*«Macio y Trebacio, á Cicerón imperator, salud.»*

»Cuando salimos de Capua, supimos que Pompeyo se había embarcado el xvi de las kalendas de abril (1) con cuantos soldados tenía; que habiendo entrado César á la mañana siguiente en la ciudad, arengó al pueblo y partió para Roma, á donde quiere encontrarse antes de las kalendas. Permanecerá pocos días y hará rumbo en seguida para España. Teniendo seguridad de la llegada de César, creemos hacer bien en advertirte en seguida, y para el efecto te enviamos tus esclavos. Tus recomendaciones quedan á nuestro encargo, y procuraremos satisfacerlas á su tiempo. Trebacio se adelanta. Escrita la carta, nos dicen que César pernoctará el viii de las kalendas de abril en Benavento, el vii en Capua y el v: en Sinuesa. Esto lo consideramos cierto.»

## CARTA XV.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

Aunque no tengo asunto, no quiero dejar pasar día sin escribirte. Dícese que César pernoctará en Sinuesa el vi de las kalendas: he recibido una carta suya fechada el vii; ya no me pide pruebas de deferencia ó adhesión como antes, sino que quiere apoyarse completamente en mis consejos y cooperación. Le había felicitado yo por su moderación en Corfino, y he aquí la copia de su respuesta:

---

(1) 17 de marzo. Esta es probablemente la fecha real del embarque de Pompeyo. Todas las que anteriormente cita Cicerón eran falsas y efecto del temor ó deseo de los que las transmitían.

*«César, imperator, á Cicerón, imperator, salud.»*

»Auguraste con exactitud y me conoces bien: nada hay tan ajeno á mi carácter como la crueldad. Confieso que me complazco en ser así, y me lisonjea tanto como me enorgullece tu aprobación. Dicen que los prisioneros á quienes he puesto en libertad solamente quieren aprovecharla para empuñar de nuevo las armas. No cambiaré de conducta por eso. Que cada cual continúe siendo como es. Te ruego procures estar pronto en Roma, á fin de que pueda, según mi antigua costumbre, recurrir en todo á tus consejos y apoyarme completamente en tu cooperación. Puedes creer que á nadie estimo tanto como á tu querido Dolabela. Le deberé tenerte á mi lado: y no podía ser de otra manera: tengo como garantía su bondad, su acierto y tierno cariño.»

## CARTA XVI.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Hoy, vi de las kalendas (1), debe llegar Trebacio, y espero lo que me diga y me escriba Macio para saber qué lenguaje debo emplear con César. ¡Cruel necesidad! No dudo que me apremiará para que marche á Roma, porque ya ha hecho publicar en Formiano que se encontrará en el Senado el día de las kalendas y que desea numerosa concurrencia. ¿Tendré que negarme? Pero ¿á qué adelantarse? En seguida te daré cuenta de todo. Por lo que me diga veré si debo marchar á Arpino ó á otra parte. Quiero vestir la toga viril

---

(1) 27 de marzo.

¿mi Cicerón, y creo será aquí. ¿Qué haré en seguida? aconsejame. La aflicción priva de su actividad al espíritu. ¿Habla en su carta Curio de Tirón? La suya me inspira temores en cuanto á su salud. Personas que le han visto hablan de una manera alarmante. Este es nuevo pesar para mí, porque su celo y fidelidad me serían muy útiles en las circunstancias presentes.

## CARTA XVII.

CICERÓN A ATICO, SAUD.

En ambas cosas he seguido tu consejo: mi lenguaje ha sido el del hombre que antes procura ganar estimación que favor, y me he mantenido firme para no ir á Roma. Pero hacía mal en creer que no se llevaría bien mi negativa. Todo lo contrario. César dice que mi conducta será su condenación y que mi ejemplo retendrá á todos. He objetado que mi posición es excepcional. Después de muchas contestaciones y réplicas: «Ven, dijo, como mediador entre nosotros.—¿Seré árbitro libre?—No te señalo línea de conducta.—En ese caso, impulsaré al Senado para que te impida pasar á España y llevar un ejército á Grecia: repetidas veces tendré que recriminar á favor de Pompeyo.» Entonces dijo: «No, no quiero, no.—Así lo creía, y por tanto no iré á Roma. Es indispensable que hable francamente acerca de todo esto y de otras muchas cosas que es imposible pasar en silencio, ó que me abstenga de presentarme allí.» En último extremo me rogó que reflexionase sobre ello: evidentemente quería cortar la discusión. No podía negarme, y en seguida nos separamos. Creo que no está contento de mí; en cambio yo estoy contentísimo, cosa que no me sucedía desde hace mucho tiempo. Pero

¡qué comitiva la suya, oh Dioses! ¡Con cuánta razón la llamaste banda infernal! ¡Qué cuadrilla de bandidos! ¡Causa detestable! ¡Partido infame! ¡y allí están el hijo de Servio (1) y de Titinio! ¡y otros muchos tenía en el campamento que sitiaba á Pompeyo! seis legiones lo menos. Este hombre no descansa ni retrocede jamás. No veo término próximo á nuestros males. Ahora es cuando necesito tus consejos. Ya nada tienes que esperar: pero iba á olvidar sus últimas palabras, que estremecen: «Si me niegas tus consejos, necesario será que los tome donde pueda, y entonces puedo temerse todo.» Pues bien, me dices en una de tus cartas, le has visto y has gemido: razón hay para ello. ¿Y después? después has marchado para Pedum y yo para Arpino. Allí esperaré, como tú dices, la vuelta de las golondrinas. Pero entonces habrá pasado la oportunidad, me dirás. ¡Ah, esto á quien seguimos ha experimentado mayores desengaños! Espero carta tuya. Ya nada hay que decir: veamos primeramente cómo pasa esto. Esta entrevista era tu última trinchera. Estoy seguro de haber disgustado á César: nueva razón para decidirme. Deseo una carta tuya, pero carta de hombre político. Con suma impaciencia la espero hoy.

### CARTA XVIII.

CICERÓN Á ÁTICO. SALUD.

No pudiendo vestir á mi Ciceron la toga viril en Roma, he realizado la ceremonia en Arpino con mucho regocijo de los habitantes. No quere decir esto que no se encuentran muy tristes y consternados en Arpino y en todas partes por donde he pasado. ¡Es tan terrible y espantoso lo

---

(1) El hijo del consular Servio Sulpicio.

que sucede! Levántanse tropas y se las aloja en cuarteles de invierno. Las levadas de soldados son siempre un mal para el país, aunque se hagan por hombres honrados, para una guerra justa y con toda la suavidad posible. Considera cuán vejatorias serán en tales manos para una guerra horrible y con la insolencia con que se hacen. Puedes creer que no hay un solo malvado en Italia que no haya acudido al llamamiento. A todos les he visto en Formiano, y te juro que apenas tienen rostros humanos. A todos los conocía individualmente, pero no les había visto reunidos como ahora. Partamos, cedamos á la inclinación que me arrastra y abandonemos cuanto poseo. Más nos agradecerá que nos reunamos á él que si nunca le hubiésemos abandonado. En el primer momento su causa tenía porvenir; hoy es desesperada, y solo entre todos abandono la Italia sin tener personalmente nada que temer de su rival. Por desgracia, tampoco me guía el interés de la República, porque la considero perdida. Lo único que deseo es no parecer ingrato para con el hombre á quien el único favor que debo es que reparase el daño que me hizo. Pero no puedo ser testigo de lo que sucede ó se prepara. Creo que ya se han dado senatusconsultos: ¡si al menos los inspirase Volcacio (1)! Pero ¿qué importa? Todos piensan lo mismo. El más violento será Servio, que pudo mandar á su hijo con Poncio Titiniano (2) para quitar á Pompeyo la vida ó la libertad. A Poncio al menos le impulsa el temor; ¡pero á Servio! Mas dejemos esto y procuremos no olvidar que todo lo he perdido menos aquello que menos aprecio: la vida. Puesto que me está cerrado el mar superior, me embarcaré en el inferior. Si es muy difícil marchar á Puzzola, iré á Crotona ó Thurio; y los que somos buenos ciudadanos,

---

(1) Este era el consular más antiguo y el más moderado.

(2) Este es el hijo de Titinio, pero adoptado por un Poncio, como lo indica el nombre de Titiniano.

por amor a la patria vamos á hacer contra ella el oficio de piratas. No veo otro medio de intentar fortuna. El Egipto será nuestro refugio en tierra. No tenemos ejércitos iguales y no puede creerse en la paz. Pero basta de lamentos. Procura enterarme por medio de Cefalión de cuanto se habla y hasta de cuanto se dice, si es que se atreven á hablar todavía. He seguido tus consejos: mi actitud con César ha sido digna, y me he mantenido firme en no ir á Roma. Ruego que reflexiones detenidamente y me des tu opinión y tu juicio acerca de lo que me resta por hacer. El tiempo apremia y ya no hay espacio para deliberar. Sin embargo si se te ocurriese algo, escríbeme en seguida.

## **U.N.A.M.**

### **MARIO DE LA CUEVA**

FIN DEL TOMO I DE CARTAS POLÍTICAS.